

—Sin duda alguna.

—Pero me parece imposible que él sea.

—¿Por qué?

—Porque yo creí que habia ido á México acompañando á Leopoldo.

—¿Y estás segura de que tu amante se ha marchado

—¿Cómo!—dijo Clotilde con alegría.—¿Sabe vd. acaso que se ha quedado?

—No; pero me llama la atencion ver aquí á Nuñez, y pudiera ser muy bien que hubiesen resuelto permanecer en Texcoco otro dia, por visitar este delicioso sitio.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!—Exclamó Clotilde con el mayor afan, y dirijiendo la vista á todas partes.—Pero no le veo en ningun lado.

—Ni yo tampoco.

—No; es imposible que permaneciese mas tiempo lejos de su anciana madre. ¡Estoy segura de que se ha ido!

—¿Pero dejando aquí á Nuñez?

—Tal vez le haya detenido algun negocio importante.

—Si negocio importante le detuviera, no vendria á visitar el Molino de Flores.

—Tal vez venga á tomar apuntes para algun cuadro.

Y Clotilde y la hermosa Inés, bien agenas de pensar que se habia quedado encargado de vigilar por la suerte de la primera, se perdieron en mil conjeturas, á cual mas lejana de la verdad.

Clotilde volvió á fijar la vista en Nuñez para ver si en el punto en que él tenia fija la suya, descubria á Leopoldo, y se preparaba á dirijir algunas preguntas á Inés, cuando Duval se acercó á ellas con afectada galantería.

—¿Qué cosa es la que les llama á vdes. la atencion?

Dijo enviando la vista hácia el rumbo adonde habian estado mirando.

Inés trató de desviar la mirada de Duval del objeto verdadero, y contestó sin detenerse.

—Estábamos admirando la poética posicion de la capilla abierta en la montaña.

—¡Oh! ¡es una cosa sorprendente!—con-

testó Duval fijando los ojos en el punto mencionado por su interlocutora.—Y si no me engaño, hay un hombre dentro.

—¡Un hombre!

Dijo Clotilde sorprendida, cruzando por su viva imaginacion que fuese tal vez Leopoldo.

—Sin duda. ¿No le vé vd. de rodillas, rezando ante la imagen del Señor, grabado en la peña?

La jóven y la hermosa Inés fijaron la vista en el interior de la capilla, y vieron, en efecto, un hombre, vestido de rigoroso luto, rezando de rodillas ante el Salvador.

Clotilde miró atentamente para ver si era Leopoldo; pero el hombre estaba de espaldas hácia el sitio que ocupaban, y por lo mismo era imposible descubrir sus facciones.

Sin embargo, pensó que no podia ser él.

Hacia pocas horas que le habia visto en trage de montar, y no era de creerse que hubiera mudado de vestido para ir á un sitio como aquel.

Ademas, Nuñez estaba con la ropa de

montar á caballo, como cuando le acompañaba, y no era natural que Leopoldo marchase de otra manera.

Todo esto pensaba la hechicera jóven; pero á pesar de sus justas observaciones, siempre esperaba inquieta que el individuo que rezaba volviese el rostro, para ver si en efecto era ó no Leopoldo.

—Y ese caballero no ha de estar solo:—añadió Duval:—es regular que haya venido acompañado de algunas otras personas. Voy á recorrer con la vista todos los demas sitios.

Clotilde temió que descubriese á Nuñez, que permanecía quieto en el mismo sitio, y miró afligida á Inés.

Esta comprendió lo que pasaba en el corazon de su protegida, y tratando de llamar la atencion de Duval hácia otro sitio, para que no llegase á descubrir á Nuñez, y creyese que ellas le habian citado para aquel sitio, le invitó á que se sentase.

—¿No es mejor—contestó Duval—que nos dirijamos á la capilla?

—No, no: estamos bien aquí.

Se apresuró á responder Clotilde, temiendo que fuese Leopoldo el hombre que estaba rezando, y le descubriera.

—La oracion para las señoras—advirtió Duval—es una cosa grata, y ademas, tengo curiosidad en saber quién es el devoto que con tanto recogimiento está orando.

Clotilde palideció.

Creyó que la curiosidad de Duval nacia de que hubiese creído ver en aquel hombre á Leopoldo, y esto la sobresaltó.

—¡Estoy tan débil!—exclamó la afligida jóven—que no quisiera moverme de este sitio.

Inés participaba de los mismos temores que su protegida, y conociendo ademas que para ir á la capilla era preciso pasar por el puentecillo que ocupaba Nuñez, agregó:

—Ciertamente que está tan agradable este lugar, que convida á permanecer en él por mas tiempo.

—Sin embargo; esta es la hora mas á propósito para visitar la capilla:—respondió Duval;—porque despues se hará el sol insoportable.

—Sí; marchemos á la capilla.—Exclamó D. Emilio que se acercó en aquel momento:—al sitio de mi predileccion: quiero que la visite Clotilde, y despues volverémos á esta misma glorieta para descansar, ínterin disponen el almuerzo.

Clotilde miró disimuladamente hácia la capilla y hácia el puente, y en aquella vió que estaba aún el hombre que temia fuese Leopoldo, y en el otro á Nuñez, que permanecia en la misma postura.

Esto la hizo estremecerse, y dió varias disculpas para que la dejasen permanecer en aquel sitio.

—No: es preciso que te distraigas recorriendo todos los sitios de este precioso lugar.

Dijo con aire de buen humor D. Emilio.

—¡Pero estoy tan débil....!

Volvió á decir Clotilde.

—Si no has andado nada, hija mia.—Replio D. Emilio.

—Sin embargo....

—El ejercicio te hará ir recobrando po-

co á poco las fuerzas. ¿No es verdad, doctor?

—Esa es, al menos, mi opinion. El paseo distrae el ánimo, y los miembros ganan en vigor lo que el espíritu pierde en melancolia.

—Ya lo estás oyendo. Tu salud es el blanco de todos mis afanes, de todas mis oraciones, de todos mis deseos: preciso es, pues, que te suplique andes un poco mas, y me complazcas obsequiando mi paternal anhelo.

Clotilde conoció que resistir por mas tiempo al deseo de su protector hubiera sido dar un pesar al hombre que la habia cuidado desde la infancia con el esmero de un cariñoso padre.

Temia el encuentro de Duval con Nuñez é con Leopoldo, y que pudiesen atribuir su estancia en aquel sitio á cita combinada con ella; pero conociendo que su temor y su amor propio debian callar ante el deber y la gratitud, se dispuso á obsequiar el deseo de su protector.

—¿Qué resuelves, hija mia? ¿Marchamos á la capilla? Preguntó D. Emilio.

—¡Está bien, padre mio!—Exclamó la jóven con triste resignacion y sonriendo lánguidamente:—Haré un esfuerzo para poder llegar á ella.

—Te agradezco infinito esa muestra de deferencia.

—Tenga vd. la bondad de honrarme admitiendo mi brazo.

Dijo Duval acercándose á la hermosa.

Clotilde tembló de horror: sentia una repugnancia invencible hácia aquel hombre; pero era fina y bien educada, y no podia, sin incurrir en la fea nota de incivil, desairar su ofrecimiento.

Inés, antes que el doctor usase con ella de igual galantería, se apoyó en el brazo de su hermano.

Clotilde marchaba despacio y en silencio.

Andado un corto trecho, miró inquieta hácia el rumbo en que quedaba el puentecillo en que vió á Nuñez, pero los árboles que orillaban el camino que llevaban, hacia

imposible que se descubriesen los objetos que se hallaban en la sima.

Igual cosa sucedia respecto al individuo que habia visto en la capilla.

Esto la prestó algun ánimo, y aun concibió la esperanza de que si era Leopoldo el que se encontraba en ella, se alejaria al verles acercarse, así como lo verificaria Nuñez antes de que llegasen al puentecillo.

Clotilde, pues, anhelaba con toda el alma que fuese su amante el que habia visto en la capilla, y temia al mismo tiempo que hubiese tomado la resolucion de visitar aquel sitio.

La situacion de la jóven era una de esas en que el alma espera impaciente ver pasar al objeto que idolatra, y en que quisiera á la vez detenerle en su marcha para que no llegase á donde le espera, recelosa de que alguien les expie. Una de esas situaciones en que los momentos se hacen eternos con la espera, y en que quisiera detener el curso del tiempo, temiendo aquel instante que mas desea.

Y es que los amantes de corazon tierno y

respetuoso temen las miradas de todo el mundo, y quisieran que la tierra fuera un desierto donde no habitasen otros sésres mas que ellos dos, que se comprenden y se extasian en su amor!....

Y Clotilde pertenecia precisamente esas almas puras, sensibles y tiernas que temen que se profane el sentimiento mas íntimo y espiritual, presentándolo á las miradas del mundo.

Por eso anhelaba y temia que Leopoldo fuese el hombre que Duval descubrió en la capilla, y por eso marcha despacio y en silencio latiendo el corazon de esperanza y de temor.

Su situacion, pues, como hemos dicho, era altamente penosa.

Y no solo la tenia inquieta el temor de que descubriesen á Nuñez y á Leopoldo en aquel sitio y sospechasea que se habian citado para verse allí, sino que su inquietud se aumentaba cada vez que Duval parecia disponerse á dirigirle la palabra.

En esos momentos la infeliz palidecia y temblaba temiendo que le hablase de amor.

Todo lo que tienen de agradable y seductor las palabras que brotan de los dulces lábios del sér que cautiva nuestra alma, tienen de importuno y de molesto las galantes frases del que nos antipatiza.

Las atenciones y obsequios del objeto amado son las benéficas gotas de rocío, las primeras perlas que la aurora deposita en el caliz de la naciente flor que rompe su boton á los halagos del aura perfumada: las melosas voces del sér que aborrecemos son el duro granizo que la mata, la lluvia que le agobia, el austro que la seca y la marchita.

Duval, por su parte, buscaba la manera de entrar en materia amorosa.

Aprovechándose, pues, de lo despacio que caminaba su hermosa compañera, dejó marchar por delante á Inés y D. Emilio, procurando quedarse él lo mas atras posible.

Clotilde comprendió su intencion, y trató de aligerar el paso; pero sus fuerzas no

correspondian á su deseo, y con angustia y profundo pesar veía alejarse á sus protectores.

El doctor, conociendo la intencion de su amigo, se quedó intencionalmente atras de todos, para inspirar confianza á los primeros con respecto á Clotilde á quien veian vigilada por él, y dejando á Duval en plena libertad para hablar sin testigos.

—¡Nunca he sido tan feliz como en este instante!—Dijo Duval aprovechando aquella oportunidad que le proporcionaba la fortuna.—Ir al lado de la persona que se adora, por quien se vive, en quien se piensa á todas horas, es disfrutar en el mundo las delicias de la gloria. ¿No lo cree vd. así, bella Clotilde?

La jóven se encontró abrumada con aquella pregunta.

Le habia tocado el asunto que tanto temia, y no supo qué contestar.

—¿Acaso difiere vd. de mi opinion?

Añadió Duval notando que la jóven guardaba silencio.

Clotilde no podia dejar sin contestacion una pregunta reiterada, y respondió con dulzura y timidez.

—Debo creerlo así, puesto que vd. lo asegura.

—¿Es decir que vd. no sabe por experiencia propia?

—A mí tambien me es muy grata,—dijo Clotilde esquivando una contestacion categorica,—la compañía de las personas que han concurrido á este paseo.

—¿De veras?—Exclamó Duval con alegría, creyéndose mas favorecido.

—¿Puede vd. dudarle?—contestó Clotilde tratando de desvanecer la esperanza que su interlocutor habia concebido, pero sin herirle—cuando entre ellas hay dos que han desempeñado amorosamente las veces de mis queridos padres?

—No, no se refiere á esas personas mi pregunta.—Dijo Duval con desencanto, comprendiendo el sistema de ambigüedad que Clotilde seguia.—Hay otras dos; pero muy particularmente una, que teme no ha-

ber alcanzado le dicha de interesar su corazon.

—Yo no aborrezco á nadie, señor Duval.—Volvió á contestar Clotilde, buscando la manera de eludir una confesion franca.—Antes por el contrario, me afligen los contratiempos de los demas, como me afligió ayer la terrible caida de vd., viéndole en peligro de perder la vida.

—Gracias.

—¿Y se siente vd. perfectamente bueno?

Dijo Clotilde tratando de llevar diestramente la conversacion á otro terreno.

—Enteramente. ¡Ojalá que pudiese decir lo mismo de los padecimientos del alma!

—Fué una fortuna que Leopoldo se encontrase allí para salvarle á vd. de una muerte segura.

Dijo la jóven cesentendiéndose de las últimas palabras de su interlocutor, y no queriendo salir del terreno en que podia combatir ventajosamente.

Duval frunció el entrecejo, y se marcó en su rostro un gesto de disgusto.

La generosa accion de Leopoldo, ensal-

zada por la mujer que amaba, era un tormento inaudito que le despedazaba el corazón, y le hacia arder en ira y celos.

Dominado por estos bastardos sentimientos, guardó silencio, tratando de refrenar su mal humor y calmar su enojo, para emprender de nuevo la conversacion que le interesaba.

Entre tanto habia salido de la calle orillada de árboles, y el campo se presentaba alegre y despejado.

Clotilde, aprovechando aquel instante de tregua que le prestaba el silencio de Duval, dirigió la vista hácia el puente, cerca del cual se encontraban. La jóven respiró libremente.

Núñez ya no estaba allí.

Habia desaparecido aun antes de que se acercaran Inés y D. Emilio.

Entonces dirigió la vista hácia la capilla para ver si aun permanecia en ella la persona que temia y deseaba á la vez fuese Leopoldo.

Pero era imposible descubrir nada.

La capilla se encontraba en aquel instan-

te á mucha mas altura del puente de que ellos estaban próximos, y además, el pedazo de roca que le sirve de antepecho, impedia ver al que se hallase dentro.

Clotilde sentia una inquietud indecible.

¿Se hallarian dentro Leopoldo y Núñez, ó se habian ausentado ambos al verles acercarse?

La jóven, con el corazón alarmado y respirando apenas, paseó la vista al rededor de sí, buscando á alguno de ellos; pero á nadie llegó á encontrar.

Entre tanto Inés y D. Emilio que, como hemos dicho, marchaban delante, estaban ya muy próximos á la capilla.

Clotilde tembló entonces.

Temió mas que nunca que se hallase allí la persona que habia visto rezando, y que esta persona fuese Leopoldo.

Su presencia podia disgustar á D. Emilio creyendo que era un cita que se habian dado, y convertirse las consideraciones y el aprecio que hasta entonces le habia dispensado, en desprecio y en ódio.

Duval notó el temor que asaltaba el cora-

zon de la hermosa, y le preguntó si se sentía indispuesta.

Pero Clotilde no oyó lo que Duval le había dicho.

Sus sentidos todos estaban pendientes del encuentro que podía tener lugar en la capilla, y solo tenía ojos para ver á su protector que se acercaba á ella.

Clotilde se puso pálida como un difunto, y detuvo el paso.

Duval se alarmó creyendo que iba á desmayarse á causa de la agitacion causada en su debilitada naturaleza por el penoso paseo.

En aquel momento llegaba D. Emilio con Inés á la entrada de la capilla.

Clotilde contuvo la respiracion, y esperó inquieta el resultado de lo que iba á pasar.

De repente vió correr á D. Emilio hácia dentro de la capilla alzando los brazos, marchando de igual manera á su encuentro el individuo que habia estado rezando.

Luego oyó un grito.

Duval alzó la cabeza al escucharlo.

Un silencio profundo siguió despues al grito que se habia escuchado.

¿Qué habia sucedido?

CAPITULO XXIII.

Continúa el Molino de Flores.

Hemos dicho que D. Emilio, al penetrar en la capilla, corrió con los brazos levantados hácia el hombre que se encontraba dentro, que á poco se oyó un grito, y que todo quedó luego en un sepulcral silencio.

Tambien vimos á Clotilde inquieta y pálida ante aquella escena, ignorando lo que habia acontecido.

Duval que, como ella, se habia alarmado con el grito que habia escuchado, la preguntó si queria que corriese á ver lo que habia pasado.

—No:—contestó la jóven:—al contrario;